

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

Medem: asalto a la emoción

Autor/es:

Sales, Eva

Citar como:

Sales, E. (1999). Medem: asalto a la emoción. La madriguera. (22):63-65.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41809>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



MEDEM: ASALTO A LA EMOCIÓN

Por Eva Sales

Julio Medem: una imagen etérea, tal vez soñada; emoción en estado puro.

Apartado por completo del cine comercial o de fórmula, cada una de sus producciones supone un nuevo reto, una propuesta siempre arriesgada y valiente.

La presencia autoral que el realizador vasco patentiza es tan evidente que su obra resulta exclusiva, íntima y absolutamente intransferible.

Se trata de un corpus artesanal donde casi centímetro a centímetro de su metraje se reconocen sus improntas, por lo que podemos afirmar que estamos ante lo que se suele denominar "cine de autor". Fundamentalmente, por dos motivos: el primero, por la creación de un lenguaje narrativo-visual propio, personal, que es diferente de cualquier otro y está repleto de particularidades, pues sus películas se apelan entre sí y están unidas por una serie de constantes que conforman un corpus organizado y auto-recurrente. El segundo motivo es el control absoluto que ejerce sobre todo el proceso de creación, a lo largo del cual va dejando su huella personal, desde la elaboración del guión hasta el montaje, pasando por todos los estadios intermedios del proceso creativo (lo que conlleva un lento y laborioso ritmo de producción: una película cada dos años, más o menos).

Su dilatada experiencia en el formato del cortometraje, en la elaboración de guiones e incluso en el montaje de producciones ajenas han precipitado el proceso de maduración, sentando las bases sobre las que sustentar una producción de largometrajes todavía corta, cierto, pero que constituye en sí misma un universo propio, definible a

través de las mencionadas constantes que se repiten, invariablemente, en los cuatro films.

El azar

Si, por ejemplo, preguntáramos a los personajes de las historias de Medem si algo tan intangible como el azar existe, su respuesta sería rotundamente afirmativa. Ellos conocen positivamente la existencia de esta incierta influencia; sus vidas son diseñadas desde esa instancia superior, generadora de unos acontecimientos que van dibujando de antemano sus trayectorias vitales y que les arrebatan la libertad de labrarse su propio camino. Este azar organizado dispara una serie de resortes en forma de increíbles casualidades, entrelazando ineludiblemente los destinos de los personajes en una historia común, en la cual todo fluye de manera imparable; nada pueden hacer, pues, para luchar contra el inexorable determinismo al que se ven abocados.

Ahora bien, ¿cuál es el tema último de sus historias?, ¿qué terminamos recordando de todas ellas? En palabras del propio cineasta, "*Siempre es una historia de amor la que te roba la película*", dice, confesando abiertamente el ideal romántico y apasionado que acaba por imponerse en sus narraciones. Un ideal del que, sin embargo, nos proporciona una visión dramática, pues sus historias de amor son complicadas, nada convencio-



nales, repletas de matices incestuosos o adúlteros, que las imposibilitan. Los amantes se ven sumidos irremediamente en la espiral del amor, y arrastran consigo ese lastre emocional el resto de sus vidas, sin conseguir soltarlo hasta que se ven abocados a un desenlace trágico. La muerte de uno de los amantes es el único fin imaginable para esta concepción tan genuinamente romántica del amor.

La imposibilidad –transitoria o definitiva– del amor sumerge a muchos de los personajes de Medem en un estado de ánimo común, que, a falta de mejor término, denominaremos *soledad*, pues suele ser ese estado de aislamiento e incomunicación lo que les empuja a colocarse en un plano subjetivo que discurre paralelo al real. De ese modo, sus films ofrecen claramente una dualidad en el punto de vista.

Los puntos de vista

En las situaciones que crea Medem siempre caben varios mundos a la vez, que al espectador, por cierto, le resultan familiares: *"Hay otros lugares muy parecidos a éste y que están muy cerca, desde los cuales la vida tiene otro significado y una emoción diferente, que nos llega a tocar zonas especiales, ocultas, pero que tenemos que sacar"*. Estos dos mundos funcionan como capas narrativas independientes, con registros dife-

rentes. Sus personajes transitan por los distintos espacios que crea en la representación, en un recorrido pendular desde lo real a lo imaginario, desde lo objetivo a lo subjetivo. Simultáneo al mundo real subyace otro mental, que tiene que ver con el subconsciente y con la manifestación de los instintos más elementales y primitivos. Son lugares extraños, pero presentes en las historias, y están repletos de caminos enigmáticos que los conectan con la realidad. Representan, de alguna manera, la metáfora del tránsito al otro mundo.

El caso de **Tierra** (1996) es el más evidente. Su protagonista nos dice explícitamente que está *"medio vivo y medio muerto"*. Siente que vivir significa esperar la muerte, y este pensamiento le produce una gran angustia vital y un gran miedo a morir. Para aplacar su ansiedad proyecta parte de su ser en la figura de un ángel, al que envía al otro mundo para desde allí observar su propia muerte: *"Soy mitad hombre, mitad ángel"*, se dice a sí mismo. ¿Qué sentido tiene esto? En palabras de propio Medem, *"el hecho de que él mismo pueda observarse y contemplarse, desde su propia muerte, y que esa mitad suya muerta le diga que la muerte no es nada, le equilibra"*.

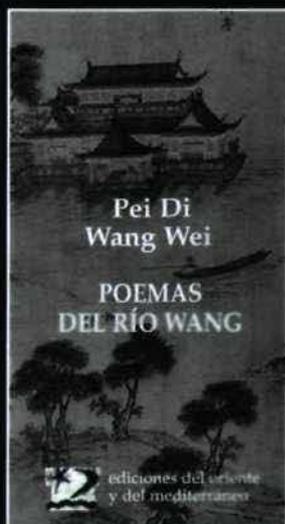
Además del ligamen entre el azar y del destino, entre el amor y la soledad y entre el aislamiento y la muerte, muchas otras propiedades comunes aúnan las películas de Médem. Por ejemplo, los nombres con los que bautiza a sus personajes, que son especialmente significativos en algunos casos, y que llevan implícitos muchos matices de la caracterización de los mismos (Ángel y Ángela; Eli, Lisa y Elisa, etc.) y también curiosas implicaciones personales del propio entorno personal del director.

Medem siempre elige cuidadosamente un entorno natural en el que ubicar a sus personajes, que define por sí solo ciertos rasgos del relato, y que contamina tanto a los personajes como a los elementos plásticos del film. Se trata de una naturaleza abierta, grandiosa, plenamente romántica. Son lugares dionisíacos que ejercen un poder de atracción trascendente, y confieren el toque mágico, irreal y primitivo que necesitan sus historias.

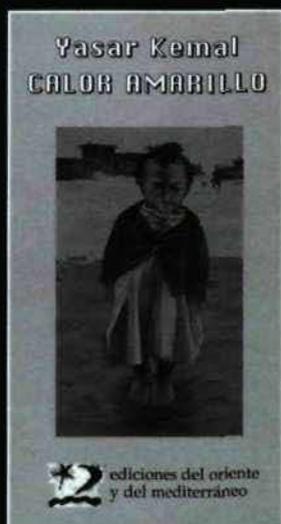
Medem insiste en la expresión pura de sentimientos y de emociones a través de las imágenes. Lo que construye Medem son, en realidad, verdaderas poesías visuales, en las que la imagen se impregna del contenido para expresar emociones; es la persistente investigación sobre la ansiada *imagen conmovida*, como la denomina el propio director. La forma, como tal, no le interesa; debe estar conmovida por los sentimientos, por los ambientes del relato, para transmitirlos al espectador. Sus películas deben entenderse *"como un flujo continuo entre forma y contenido, entre atmósfera y narración, porque para mí no pueden existir la una sin la otra"*.

El protagonismo de las imágenes en su cine surge de la vital

una mirada abierta a otros horizontes



«Con Pei Di, su amigo y compañero en el Tao, salía en barca, remaban y tocaban el laúd, hacían poesías y las declamaban a voz en cuello durante días enteros. Los poemas que nacieron en aquella prolongada estancia en común fueron llamados *Poemas del río Wang*» (de la *Historia antigua de los Tang*).



Por fin aparecen publicados en castellano los cuentos completos de Yasar Kemal, el narrador turco más universal. La vida de los pueblos de Anatolia se refleja en ellos con todo su dramatismo, pero también con toda su humanidad, en la lengua, sin artificios, de los bardos populares.

ediciones del oriente y del mediterráneo



importancia que desempeñan en el proceso creativo, pues, de hecho, conforman la materia prima a partir de la cual emerge todo lo demás: *"No parto de una idea, ni de un discurso, sino de una imagen que está muy interiorizada, pero que surge de una manera estrictamente formal. Puede ser una imagen que haya soñado u otra que, por cualquier razón, reclame mi interés. (...) Lo que no hago nunca es psicoanalizar esa imagen. Por el contrario, me meto dentro de ella y me dejo llevar para que, así, lo que vaya saliendo de allí esté teñido de su tono y de su atmósfera"*. De modo que en el caso de Medem no es el relato el que genera las emociones, sino al revés. Forma y contenido son lo mismo para él; son las dos caras de una misma moneda, indisolublemente juntas. Finalmente, la imagen en estado emocionado debe vibrar sobre la pantalla.

Pero esto no quiere decir que no le interese el contenido ideológico, reflexivo y racional de sus películas, sino que necesita llegar a él a través de la experiencia emocional. Las historias son el vehículo a través del cual entramos en el territorio donde nace esa misma historia, territorio que necesita de una realidad muy física y concreta, para que sus formas se conmue-

van con el contenido. Y es a través de esa *forma conmovida* desde la que Medem llena el espacio de representación de plasticidad y de una brillante manufactura formal.

Así, inunda la pantalla de colores predominantes, de texturas, de composiciones y encuadres perfectamente estudiados, de luces sugerentes... en fin, de elementos visuales que adquieren una corporeidad tal que sus fotogramas semejan imágenes casi pictóricas, creando unos entornos naturales muy habitables que actúan de contexto en la narración, y en los que los personajes se sienten confortablemente instalados. Sus imágenes son en general tranquilas, invitan a la contemplación y también a la auto-contemplación; son evocadoras, y, también, muy equilibradas. Destilan paz y serenidad, quietud y reposo. Nos gustaría entrar en ellas para, simplemente, permanecer allí.

Medem, en fin, crea imágenes y atmósferas intensas con las que consigue transmitir toda la emoción de sus narraciones, instalándose en el subjetivo ámbito de las pasiones, por lo que su cine o bien seduce profundamente o bien repele a quien no es cómplice de su particular sensibilidad expresiva. Como se ha podido ver, mi caso es, afortunadamente, el primero ♦